

CARAS Y APETAS

SEMANARIO FESTIVO

2.ª EPOCA

Director: ARTURO AGUIRRE

**AÑO II
Nº 67**
Junio 9 de 1895

PRECIOS SUSCRICION
MONTEVIDEO DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR
Los mismos precios, en moneda equiva.
lente, con el aumento del franqueo.
Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 30 centesimos

• DEVENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS •
• SE PUBLICA LOS DOMINGOS •
Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON, CERRO, 57

GALERÍA CÓMICA
FOTOGRAFÍAS SIN RETOQUES



Abogado notable
político austero
fumador incansable,
cortes caballero.

Fué Ministro de Estado
no ha mucho y hoy es
sportmán declarado
y calvo por diez.

SUMARIO

TEXTO.—«La divina comedia Uruguaya», (1.ª parte, «Inferno»), por Arturo A. Giménez.—«Para Ellas», por Alina Doré.—«Después de Carnaval», por Pérez Zúñiga.—«Teatros», por Re-Bemol.—«Estornudos y sabañones», por Fray Candelario.—«Lo que pasó», por Jobalito.—«Entre dos fuerzas», (novela), por Arturo A. Giménez.—«El lenguaje de los ojos», por Nemo.—«Menudencias»,—«Correspondencia Particular».—Avisos.

GRABADOS.—«Galería cómica», Fotografías sin retoques, por Wim-plaine.—«Para Ellas», retrato de niña, por Aurelio Giménez.—«La soirée de Juan Cachupín», por di Nunsio.—«Frégoli», «Tina di Lorenzo» y varios intercalados en el texto, por Aurelio Giménez.



(PÁGINAS QUE NO SON DEL DANTE)

INFIERNO

CANTO PRIMERO

A mitad de la carrera de la vida me encontré en una triste y desgraciadísima República, no por haberme apartado del camino recto, sino por haberse apartado de él los que la gobernarán. ¡Cuán difícil me sería pintar la pobreza y desolación de aquel pueblo, cuya sola idea renueva mis tristezas! No obstante, procuraré decir cuanto allí ví:

Después de haber tomado algún descanso, seguí por la desierta orilla de un puerto otrora hermoso y lleno de barcos de toda clase, de movimiento y de alegría, y ahora desierto, vacío; muerto el trabajo, reinando la desolación en él.

Pero al empezar a subir la colina sobre que se asienta una ciudad tristísima y humillada, apareció ante mi vista una airosa pantera (símbolo de la *lujuria*) cubierta con una rara piel de camaleón, de esa que cambia a cada paso (símbolo de la *inconsecuencia*), y ostentando sobre su cabeza un largo jopo; este animal no apartaba su vista de mí, cerrándome el paso de tal suerte, que intenté retroceder más de una vez.

Creí librarme de aquel voraz animal arrojándole algo con que pudiera comprar la satisfacción de sus innobles apetitos; pero pronto sucedió el terror a la esperanza al presentarse un león (símbolo de la *ambición*) a los pocos pasos. Este también tenía largo jopo como la pantera lujuriosa, y venía sobre mí con la cabeza erguida é impulsado por el hambre.

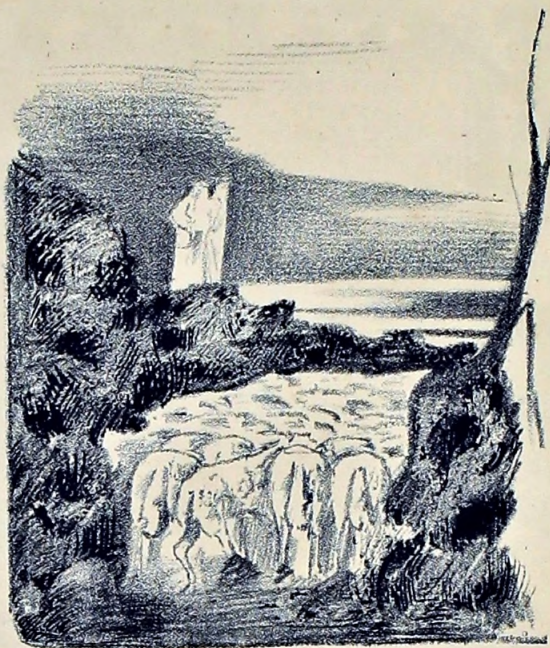
Al propio tiempo apareció un mono (símbolo de la *desvergüenza* y el *descaro*) que en su cinismo manifestaba haber ya pisoteado muchos derechos y desconocido muchos deberes. También este tenía jopo, y según yo regresaba hacia el puerto, atemorizado por la presencia de estos animales, que a lo que supe eran dueños tiempo hacía del desgraciado país y ahuyentaban todo cuanto pudiera llevar a él libertad y riqueza, se presentó ante mí uno que parecía hecho de luz, tanta despedía a su alrededor — Al punto le grité:—

«Quién quiera que seas, compadéceme». Y respondió: «Soy aquella abstracción sublime que arroja a su paso las tinieblas. Soy la Verdad. La Justicia, que allá arriba mora me envió en tu ayuda, y a guiarte vengo. —Ayúdame, oh Verdad eterna,—le dije—contra esas fieras que tanto me atemorizan.»

—«Has de seguir distinta senda, me dijo; si deseas salir de aquí; no ignores que esas fieras que te espantan, no consienten que ningún hombre puro cruce su camino; son de condición tan dañina, que jamás consideraron satisfechos sus anhelos y después de comer quedan con más necesidad que antes. Infinitos derechos, santas leyes, reputaciones, y dineros públicos que han desconocido y devorado le sirven de alimento y aún sacrificarán muchos más hasta que suene la hora de la expiación.

Por tu bien te digo que acertaras en seguirme; seré tu égida y te llevaré fuera de aquí a través del horrible reino de la infamia. Allí percibirás los rugidos de desesperación y notarás las almas de los condenados que á voces piden segunda muerte.»

Aquí comenzó a andar, y le seguí.



DESEN-CANTO PRIMERO

«A la ciudad de las miserias se va por mí; por mí, á la innobleza y á la vergüenza; por mí se llega á la raza de los condenados; mi gran arquitecto fué inspirado en la justicia. Los que penetráis aquí dejad toda esperanza.»

Estas frases las ví trazadas en caracteres negros en lo más elevado de una puerta, y exclamé:—«Duras me parecen estas frases, divina verdad.»

«Es preciso despojarse de todo temor, me contestó; aquí debe terminar la cobardía»

«Ya estamos en el paraje donde te dije verías los infelices que perdieron el bien de la inteligencia.»

En efecto, mezclados en confusión, cual majada de miserables carneros, una gran cantidad de espíritus se revolvía en el fango

Yo pregunté á mi acompañante:—«Dime; ¿qué pueblo es este, así abandonado á la vergüenza y deshonor?»

Y me respondió: «Esta es la triste suerte deparada á los vivientes que no merecieron ni loa ni desprecio, y que en vida solo fueron viles instrumentos del poderoso. Ninguna idea tiene el mundo de su existencia: la Justicia y la Caridad los desprecian y... sigamos adelante; no nos ocupemos más de ellos.»

Yo que observaba con atención pude ver que entre ellos se hallaba uno que tenía una pierna más corta que la otra y á quien los demás parecían respetar como jefe de gentes de tan ruin clase. Otros insultaban á dos desgraciados, recordándoles su forzoso encierro durante una célebre elección...

Según noté, había allí muchos diputados de pasados y cercanos tiempos, ministros y periodistas...

Mas... sigamos adelante; no nos ocupemos de ellos

DESEN-CANTO SEGUNDO

Circulo de los lujuriosos

Descendimos del primero al segundo círculo, menos espaciosos pero más doloroso.

Pronto oímos las quejas de varias voces; ya estábamos en el lugar en que los lamen-

tos horrorizan el alma y penetramos en un lugar exhausto de toda luz, en que espíritus corrompidos en que nunca habitó la virtud,



ávidos de lo que más los corrompe, eran arrastrados unos contra otros por fuerza irresistible, que les asemejaba á brutales bestias.

Allí supe que aquel tormento era para los pecados carnales que postergan la razón al voraz apetito de los sentidos.

Cuando el infernal movimiento los acercó á nuestro lado, dije á uno que sobresalía orgulloso y descarado, entre todos los demás: «Alma apenada, dime quien eres y qué pecado á este lugar te trajo, si no hay quien se oponga.» Y el espíritu exclamó: «No hay mayor tormento que recordar el pasado bien en la desgracia! No obstante satisfaré tu deseo. Fui allá en la tierra poderoso dueño de un pueblo desgraciado que engañado por mí me elevó al poder. Su paciencia, su mansedumbre y su dinero que gasté á manos llenas fueron para mí un nuevo Galeotto, y no hubo inmoralidad que yo no autorizara, ni artista hembra que no comprara. Mi palco en el teatro, que mis servidores llenaban noche á noche, fué testigo de todo. Julio me llamaban allá arriba. Ya lo sabes todo.

DESEN-CANTO TERCERO

Circulo de los gobernantes débiles

A la entrada del tercer círculo, do yacen los que en el gobierno de los pueblos se mostraron débiles é ineptos, intentó cerrarnos el paso *Cancerbero*, horrible fiera, envidiosa y desconfiada, siempre empeñada en impedir que á sus guardados se acercase nadie, cual si temiera que tal contacto le hiciera perder el empleo. Tenia las cabezas calvas, larga y erizada melena y grandes ojos saltones.

«Fué allá en la tierra Secretario oficial,



díjome la Verdad al verle—y aún actuó de diputado algún tiempo, más en cierta jefatura fué donde adquirió el caudal de aborrecimiento que aquí le trajo.»

Apenas nos divisó Cerbero abrió sus descomunalas bocas, mostrándonos sus dientes,

con todos sus miembros en agitación. Entonces mi guía abrió las manos, cogió varios puñados de tierra arrojándolos á las ávidas fauces de aquella fiera, que al recibirlos cerró sus bocas.

Entonces vi un gran mar rojo, del color de la vergüenza, que, según dijo mi guía era el mar del ridículo que cubre y ahoga á los ineptos y débiles que llevados al Gobierno de los pueblos no supieron cumplir con su deber.

Allí pude distinguir, mezclados, confundidos en el común oprobio, á Enrique III el libidinoso rey de Francia que Jacobo Clemente envió; á Carlos IV, aquel de España que dió el gobierno á un favorito ambicioso, consumando la ruina de su patria; á Carlos VI, el vil instrumento de su mujer, y muchos otros de entre los cuales uno, al verme, hizo un supremo esfuerzo por sacar medio cuerpo de entre aquel pesado manto de rubor.

«¡Oh tú, me dijo, que atraviesas los Infernos—reconóceme si sabes, puesto que antes de ser yo destruido fuiste hecho tú. Allá en el reino de los vivos me llamé Juan. Elevado al poder por la intriga, mi debilidad, mi ineptitud y mi apego á las comodidades, hicieron que entregara mi pobre pueblo á la voracidad de los ambiciosos, y el poder á Julio, el odiado, que lo explotó inclemente, amparado por mi complicidad, tras la pantalla de mi responsabilidad. Cobarde y gloton fui, y dióme Julio el reino de las fiestas, guardando para sí el de la arbitrariedad. Y no habiendo cumplido mi deber como hombre, el juez supremo envióme aquí, donde, ya ves, me ahoga la vergüenza».

Esto dicho, cayó pesadamente, entre las risotadas de los diablos que desde la orilla lo befaban llamándole: «¡Galeoto, Galeoto!»

DESEN-CANTO CUARTO

Circulo de los aduladores

Cuando hubimos pasado los círculos en que los violentos, los fraudulentos y usureños, entre los cuales se hallaban sufriendo el eterno castigo muchos gobernantes de los que mandan matar al pobre pueblo en las calles, abatiendo su dignidad bajo el golpe brutal de los sables y las bayonetas, y otros en quienes el fraude fué más condición de espíritu que costumbre, oprimidos bajo el peso de mil notas anodinas de ferrocarriles y otros negocios, un fétido olor que sin cesar fatiga la nariz y los ojos, nos advirtió al llegar al borde de un lago cuyas altas riberas están cubiertas de un moho, producto del vapor de abajo, que habíamos llegado al círculo de los aduladores, que metidos en estiércol, pagan sus envenenadas y corruptoras lisonjas.

ARTURO A. GIMÉNEZ.

(Continuará)

PARA ELLAS

—Señorita Alina Doré!
—¿Señor Director?
—Quién es la preciosa niña cuyo retrato engalana hoy su sección?
—Adela Suárez.
—Es un precioso retrato.
—Es de Fritz Patrick... No hay más que decir.
—Dirá usted algo sobre esa niña ¿eh?
—Diré... que es Adela Suárez! Y con eso está dicho todo.

..

Blanca flor que más cándida te ofreces
lejos del tallo que te dió la vida,
hoy en el seno virginal prendida,
con toda tu hermosura resplandesces.

Sobre ese puro corazón pareces
revelar el candor que en el se anida,
y, en tan hermoso lecho así adormida,
te admiro en el lugar que te mereces.

Tu perfume, el que arroja su inocencia,
se confunden en él, y ambos reunidos
son de la gracia y de virtud la esencia.

¡Bendita flor! Los dones concedidos
por el cielo á tu efímera existencia
son halagos del alma y los sentidos.



Temblorosa, con el corazón palpitante, leyó Adriana estos sentidos versos, devorando con la vista aquella escritura vigorosa y correcta, aquellas líneas dedicadas por su Gilberto en recuerdo de una fecha feliz, brillante, siempre bendita por ambos jóvenes.

¡Un año! Apenas un año hacía que se amaban. Ni siquiera una primavera. Las rosas, las violetas y los pensamientos, tan sólo una vez habían dejado caer sus pétalos en tanto que sus labios se besaban y sus manos se tendían amorosas... Invisibles arpas, dulcísimos cantos que se remontan al azul en cadencias desmayadas é infinitas, horizontes pálidos y risueños, todo lo bello puro y adorable, ¿dónde estáis? ¿Os habéis eclipsado? ¡Nó! Es que el amor domina, el amor reina, el amor impera. Ese grandísimo sol del sentimiento lo llena todo: ¡deslumbral!...

Por eso Adriana, enajenada y radiante, no com-

prendía lo que el azul papel indicaba; lo que aquellos versos tan tristes querían decir. Repetía:

Blanca flor que mas cándida te ofreces
lejos del tallo que te dió la vida...
sin fijarse que otra hoja de papel la acompañaba,
expresando sin duda lo que en su deslumbramiento no veía... Al fin se le cayó de las manos, y entonces fljó en ella sus ojos:

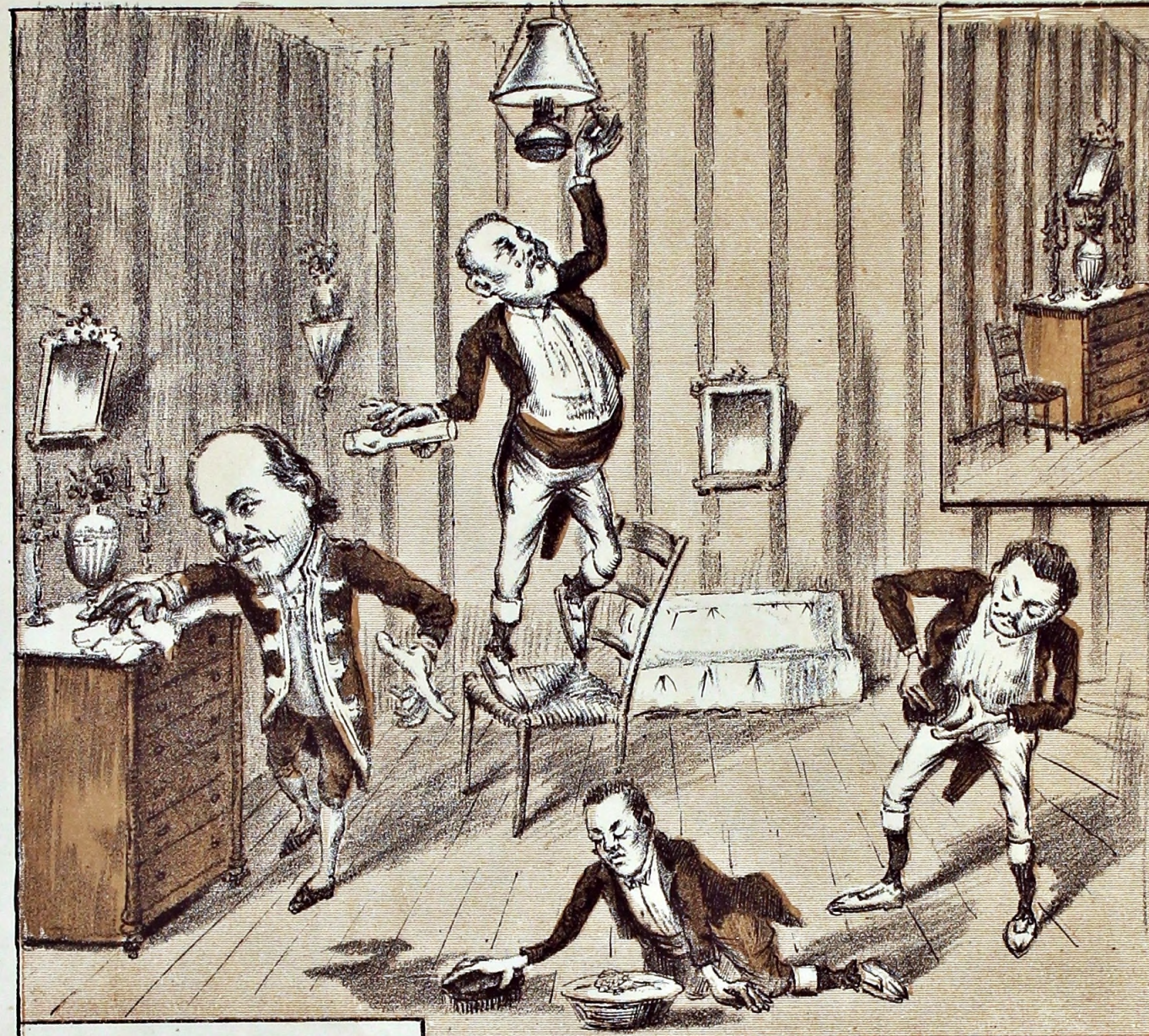
«Queridita:

«Es inútil: soy muy torpe, por más esfuerzos que he hecho me ha sido imposible complacerte dedicándote una bonita poesía. Para corazón y amor no encuentro en mi magín otros consonantes decentes que *melón* y *sudor*. ¡Ah! Esto último me has hecho derramar, y mucho, con tu manía que yo he de componer versos. ¡Qué quieres mi vida! De poeta no tengo nada. Así es que para consolarte, te mando unos versos que he copiado, según verás la firma...—Se muere por tí

Gilberto»

LA SOIRÉE DE JUAN CACHUPÍN

Caras y Caretas



Los preparativos tocan á su fin en la regia casa del gran Cachupín.



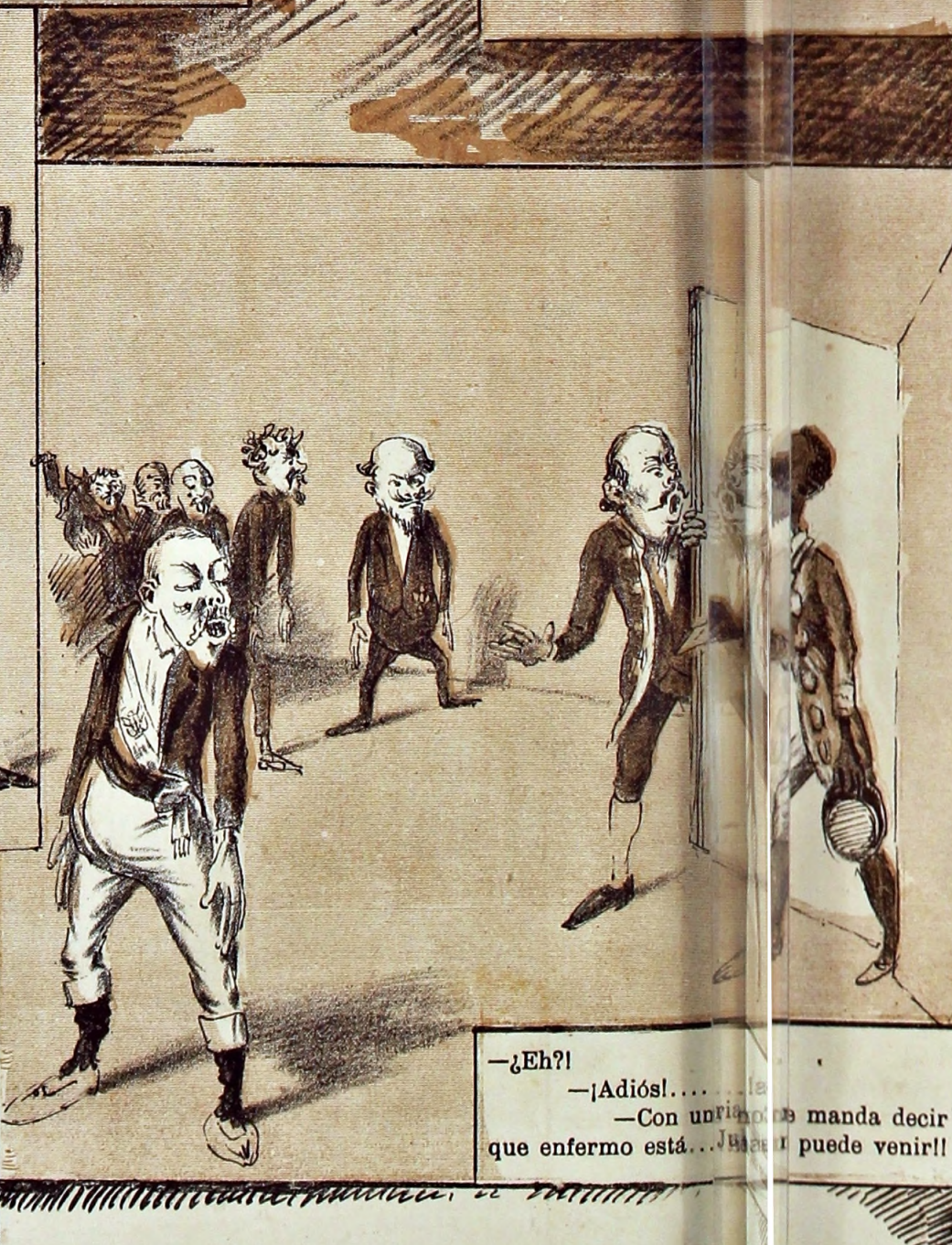
-Está muy bien todo.
-¡Pues no lo ha de estar!
-Con la boca abierta Julio va á quedarse.



-¿No llega? ¿Qué hacemos? ¡Nos vamos! -¡No está!
-Paciencia, señores. Paciencia. Vendrá.



-¡Voyez!
-Suená el timbre!
-Ça voit...
-Se detiene...
-¡A ver?
-¡Paso, paso!
-Ya viene!
-Ya viene!!



-¿Eh?!
-¡Adiós!...
-Con un timbre manda decir que enfermo está... ¡Julio puede venir!!



Y á falta del amo consuélanse al fin obsequiando al criado, que come á placer, los hijos, empleados, Ministros, mujer amigos y socios del gran Cachupín.

P. DONZ

Desanimada, casi llorosa, Adriana miró el pie de los versos. ¡En efectol Decía: *Angel Tarso de la Vega*.

Pero ¿cómo? ¿Hay una postdata en la carta? ¿Si será el mentís de todo lo dicho. A ver....

P. S. Te recomiendo muy mucho, ricura, que cuando me bordes el pañuelo no hagas las letras en mucho relieve. Tengo las narices muy delicadas y y puedo estropearlas»

¡Hombre, hombre al fin, y como tal, sin corazón!

—Pero con narices distinguidas.

—Grosera....

¡Me la gané! Y otra vez no se meterá donde no la llamen.

ALINA DORÉ.



DESPUÉS DEL CARNAVAL

(DE PÉREZ ZÚÑIGA)

—Pilar insensata, yo estaba engañado. Yo á ti te creía constante y formal. Mas tengo recuerdos del martes pasado que empañan mi dicha con pena mortal. ¿Tú piensas, ingrata, que nadie te ha visto? Pues en los paseos alguno te vió con un mamarracho, que dándose pisto, ni un solo momento de ti se apartó. ¿Recuerdas su traje? Montera encarnada, careta espantosa de perro ma tin, abrigo con pelos, faldita rayada, torcidos tacones y azul corbatín. Responde á mis quejas: ¿A qué obedecía la broma incesante de aquel mascarón? ¿Porque le escuchabas si solo eres mía y á nadie le debes prestar tu atención? —¿De mi tienes dudas?

—Y en ellas me aferro.

—Pues fuerza es que al punto me digas por qué.

—Porque ibas el martes hablándole á un perro.

¿Quién era aquel perro? Contesta.

—No sé.

Mas ¡callal! ¿Que has dicho? ¿Llevaba montera? ¿faldita rayada? mitones quizá?

¿y abrigo con pelos? Pues ya sé quién era.

No tengas cuidado.

—¿Quién era?

—Mamá.

—¿Tu madre? No mientas, porque es iucrible que fuera entre gentes al lado de ti cubierto su rostro con máscara horrible.

—¡Si no era careta!... ¡Si es que ella es así!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



«La gran compañía de Pasta debe haberse estrenado anoche.

Nada sabemos aun pero apostamos á que ha habido triunfo» debió decir el malogrado suelto final de nuestra crónica anterior.

No nos equivocamos.

La compañía de Pasta ha logrado el favor del público desde el primer momento.

Las funciones dadas hasta la fecha son. *El mundo del fastidio, La casa paterna, Divorciémonos, Una batalla de Damas y Santarellina*.

Nos es imposible juzgar la interpretación de cada una de ellas en una crónica semanal y limitada, así es que emitiremos tan solo el juicio general.

La señorita di Lorenzo es una actriz de muchísimo talento y de grandes atractivos. Bella, muy bella, con una expresión dulce y tranquila en el rostro; elegante, airosa, simpática, atrayente, domina enseguida al auditorio.

Es una artista correctísima, que interpreta los papeles más opuestos con igual artística naturalidad y esquisito cuidado. Nada puede reprochársele. En *Divorciémonos* llenó todas las exigencias del más exigente crítico. Nadie ignora la extrema dificultad que encierra ese papel de mujer, sólo de mujer, presentación de un alma femenina que es el alma de todas. La di Lorenzo venció todos los obstáculos con facilidad, sencillamente, como quien está acostumbrada á hacerlo.

Damos aquí el retrato de la hermosa é inteligente artista; creemos que es uno de los que merecen con más títulos el puesto de honor en nuestra galería teatral.

De Pasta poco tenemos que decir. Sus varios viajes á nuestro país han contribuido á mostrar al público que es un artista concienzudo, inteligente, avezado á las tablas, que en todos los papeles está irreprochable.

Es el juicio que se ha formado de él el público y que ratificamos nosotros.

Garzes es un brillante muy aceptable, pero nada más.

Queremos hacer notar como cosa digna de encomio, la lujosísima y apropiadísima presentación escénica. Ninguna compañía hasta hoy, di de ópera ni de drama (excepción hecha de la de Maggi) había presentado aquí las obras con tal lujo y prolijidad.

**

En San Felipe, la compañía Pastor sigue atrayendo gente con *El Tambor de Granaderos* y *El Domingo de Ramos*, apesar de ser tan detestable el libreto de esta última. Bueno; hay que advertir que es de Echegaray.

La música, en cambio, es notable. Bueno; hay que advertir que es de Bretón.



TINA DI LORENZO

La Pastor ha hecho una magistral interpretación de *Niña Pancha*.

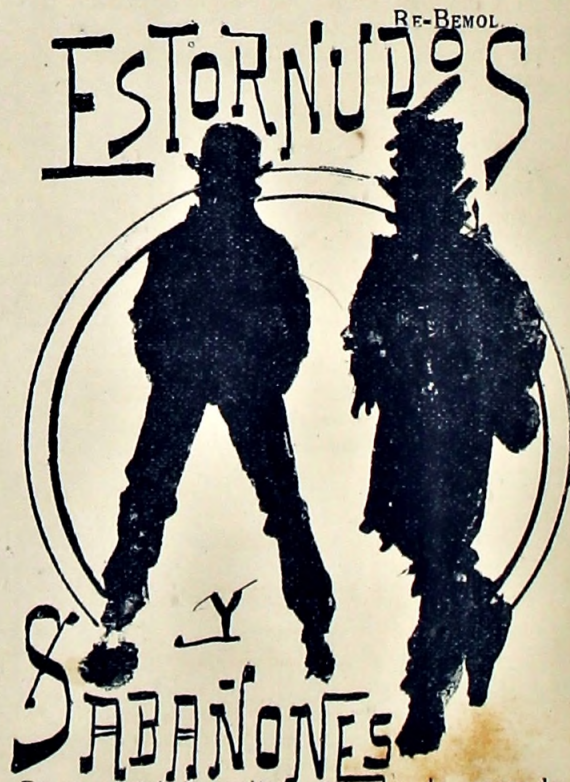
Y á propósito. Coviene advertir al señor Reinoso, que la canción del champagne no está escrita para ser cantada con movimiento de galop vivacissimo.

**

Frégoli se extrenó demasiado tarde en Solis para que nos sea dado juzgarle. Porque han de saber ustedes que nosotros no hacemos las crónicas anticipadas.

Todos dicen que es admirable.

Mientras tanto, ahí tienen ustedes su caricatura.



De un partidista exaltado, del color de sangre de toro (y por ende de vaca).

Pide á la Comisión Directiva de un Club á que pertenece, que se reuna urgentemente en Asamblea para tratar algo de trascendencia fenomenal.

Atienden á su pedido. Se reúne la Comisión y el peticionante solicita la palabra y hace la siguiente moción:

«Fiel á la veneranda memoria del ilustre nombre de nuestro Jefe, y atento al grado de parentesco que, con toda seguridad y según se desprende del mismo apellido, lo ligaba al valiente general víctima de los furores del Comandante Clavijo (á quien ya le rompieron, de tanto apretar sus homónimas, las cuerdas de la vida) envíese inmediatamente un telegrama-protesta á la familia del desgraciado Primo de Rivera.»

El peticionante está en un estado lamentable. ¿Efectos de la emoción que lo dominaba?

¡Que esperanzas!

Efectos de la paliza que le atracaron sus correccionarios por la chifladura.

Pero todavía cree que el general español es primo de don Fructuoso.

Y que se le debe mandar el telegrama.

¡Cielos! está que envenena por su fondo tan moral el picante editorial sobre «El coloso de Arena». Kubly canta la Verbena del bando colectivista y á fuer de buen publicista jura hacer ver la carcoma del insigne hombre de goma hasta... perderlo de vista.

Los extremos se tocan.

El Dr. Hearera contrajo relaciones íntimas con el conde de Dás, y le prestó galantemente el salón de su palacio para que sacara de la triste condición de ciencias ocultas todo el noble saber que encierran sus ensayos de adivinación y de buena ventura.

Hay quién afirma que el tenaz Doctor del jopo encontró en el conde una revelación de claro talento en lo que se refiere a la segunda fase de sus ensayos.

Y por algo digo que se tocan los extremos.

El jueves tuvieron ocasión de anunciarle la malaventura.

Y qué ventura!... Nada menos que el coronel Ventura Rodríguez, á quien conoce muy de cerca don Julio.

¡Que manera de cantar verdades!

Ni las del barquero.

¡Claro! como que eran los del prisionero ó del ex

Ayer murió un senador víctima del escorbuto y los gatos de mi barrio vistieron todos de luto.

Según la estadística publicada en un almanaque alemán del año pasado, se efectuaron en Berlín dos mil ciento tres matrimonios en seis meses.

Se me ocurre preguntar ¿á cuánto debe alcanzar el número de botines que los muchos chiquilines de esas yuntas han de usar?

Después de hecha la quintilla me asalta la idea de alguien puede contestarme con solo responder que ese número alcanza á dos si no nace cojo algún vástago germano.

¿Me permiten parodiar una décima de «2 de Mayo»?

¡Sí!

Pues ahí va... y gracias

¡Fuera! gritó en el altar un prelado anti-herrerista,
¡Fuera! repitió un bordista con su vasculencia cantar.
¡Fuera! gritó al despertar de Julio la cocinera,
y cuando en casa de Herrera malos planes descubrieron,
hasta sus fieles se fueron gritándole ¡Herrera! ¡Fuera!

FRAY CANDELA.

¡Lo que pasó!

La otra noche Cachupin Borda y Obes y familia dieron en su casa un té con formas de fiesta no íntima. Asistieron diputados, senadores, policías Ministros, Jueces, empleados y Jefes de la Milicia,

todos ellos muy finchados y muy tiesos, pues decía Monsieur, Ministre de Guerra y medallas y Marina que aquella fiesta suntuosa á ser muy française iba. Se reunieron pues todos los personajes que arriba enunciados van, y luego hicieron... ¿no lo adivinas? pues lector... no hicieron nada, y dime tu si te explicas que para hacer lo de siempre, lo que hacen todos los días, vale la pena invitar tanta gente á una fiesta íntima.

JOBALITO.

ENTRE DOS FUERZAS

NOVELA

POR

ARTURO A. GIMÉNEZ

V

—Pero, entre; tomará un maticito ¿eh? Entre. ¡Argentina! Pero qué casualidad ¿eh?

Así, gracias á aquella lluvia oportuna que le franqueó tan pronto la casa de Argentina, pudo sacudir aquel aletargamiento moral, aquel desplome de sus energías que le produjera la ausencia de Delia, la cual á pesar de la jactanciosa afirmación mental que en la tarde de aquel domingo de hastío le hiciera formular su presuntuosa confianza despertada al verse deseado por Cora, no volvió, y los siguientes días no se presentaron más agradables, porque ese fastidio que conociera por vez primera en la tarde aquella de eterna espera le perseguía, y, sin voluntad para nada, iba hundiéndose poco á poco en un estado de decaimiento moral alarmante.

Esperaba á cada instante verla llegar y se entretenía momentáneamente en pensar lo que le diría, qué actitud había de asumir en su presencia; pero pronto, con el desvanecimiento de la esperanza tornaba á su inercia estúpida; echábase á dormir, y pasaba así la tarde hasta la hora de comer.

Pero comprendió que era impropia y hasta poco digna aquella vuelta á la vida animal. ¿Y él era el que hacía alarde de poseer fuerza de voluntad y energía bastantes para dominar sus pasiones?

Hizo un esfuerzo para vencer aquel desaliento y trató de distraerse preocupando su atención, pero, contra su voluntad, no dejaba de pensar en ella y muchas veces le sobrecojía aquella sobrescitación nerviosa tan propia de él, y se irritaba contra sí mismo echándose en cara su debilidad.

Muchos domingos transcurrieron del mismo modo para Mario, que apesar de todo, quedábase siempre en casa abrigando la esperanza de que fuese, al fin; después tomó la costumbre de salir en tales días; pero siempre volvía temprano esperando encontrarla. Al subir la escalera, temblaba de emoción; se detenía de cuando en cuando á ver si escuchaba su voz, aquella voz sonora que tan deliciosamente le confundiera; pero al llegar más arriba, apesar de que siempre se esforzaba por considerar como ilusoria su esperanza, sobrecojía le desagradable desaliento al no encontrarla y el día concluía tristemente. ¡Eran por otra parte tan tristes de por sí aquellos nebulosos domingos de invierno! ¡Qué bien se pasarían si Delia estuviese allí, conversando con ella, tocando el piano, mirándola, en fin!

Todo él estaba dominado por la nostalgia de la mujer y ya cansado de sobreponerse al alojamiento de sus energías, vencido su amor propio por ella, se dejaba abatir por el aburrimiento sin preocuparse de la opinión que pudieran formarse de él los de la casa, opinión que antes tanto le preocupara.

—¡Ah muchacho éste! le decía Carmen con su airecito amable y burlón, silbando mucho las s como siempre que trataba de suavizar alguna fracesita irónica. ¡Ah muchacho éste! ¿Pero no ves? Está triste porque la niña no ha vuelto por acá. ¡Qué vergüenza!

—¡Si está hecho un zonzó! contestaba Isabel, resentida por aquel cambio que en el carácter de su hijo había efectuado una mujer.

—No, no es eso, pero la verdad es que antes Mario era más animado. Mira, continuaba Carmen cambiando su tono burlón en sentencioso. Mira, no te preocupes de eso más, porque la muchacha no vale la pena. Es buena, sí, pero tú eres un buen mozo y puedes encontrar una muchacha más bonita, y hasta rica.

Estás perdiendo tu tiempo, muchacho. ¡Hay tantas que les gustaría mucho tener un novio como tú!

El, haciendo aparecer que tomaba aquella broma con cierta bondad burlona, cortés y tranquila, se limitaba á responderle con acento displicente.

—¡Qué quiere, Carmen! ¡Son cosas terribles estas del amor, que no pueden remediarse!

Sin embargo, le mortificaba grandemente ese interés que se tomaban por él, semejante ya á la compasión.

Fué á ver á Delia dos veces.

¡Pero cuánto trabajo le costó aquello! Una timidez extraña que él suponía orgullo, resistencia de espíritu altivo á mostrarse finalmente dominado por la mujer, cierto temor vergonzoso que provocaba en él la idea de que se apercibieran todos, y Delia principalmente, de que iba por ella, á pedirle su amor; el temor del debutante ante la idea del fracaso, en fin, le retraía de aquella visita.

Además, la vivacidad, ya que no la intensidad de su pasión, en algo amortiguada por el tiempo, ese gran sabio, único poseedor de la verdad, único poseedor del gran remedio que se llama olvido, no le impelía ya con igual fuerza, y al disponerse á marchar invadía una especie de tímida pereza, concluyendo por dejarlo para otro día.

Pero el deseo pudo más, mostrándose imperioso é impetuoso cuando supo que aquella no podría ir aún en mucho tiempo.

Fué una tarde que Isabel y Orfilia volvían de visitarla, visto que no volvía.

El, que esperaba impaciente el regreso de su madre y su hermana, conteniéndose y reprimiendo el tono ansioso de su demanda, les preguntó con aire de afectuoso pero tranquilo interés:

—Y ¿cómo están por allá? ¿Qué se ha hecho Delia?

—¡Ah! Cállate. Si aquello es un hospital. Todos los chiquitos de Luisa, ¿sabes? ¡la otra hermana de Delia que había venido de afuera? están enfermos, y la pobre Delia no puede moverse, como es natural.

Bastó aquella conversación, sobre ella, aquel algo de la casa que parecían traer consigo Isabel y Orfilia, la idea de que habían hablado con Delia, de que se habían besado; algo así como celos, envidia de ellas que la habían visto, para reanimar en él el vehemente deseo de verla también, de romper aquella inacción á que le encadenaba su estúpido carácter de mujer nerviosa, que agrandaba todo, hasta lo más mínimo, dándole proporciones que por lo colosales eran ridículas tratándose de tales pequeñeces, dominado por aquel su enfermizo temor al ridículo, á un ridículo que no podía existir, que solo su imaginación de niño tímido creaba, precisamente para explicar, para disimular su timidez.

Iría á preguntar por el estado de los enfermos; era natural, y hasta obligatorio.

Pero, una vez cumplido su deseo se encontró más desanimado que antes; el resultado no respondió á las ilusiones que su imaginación inquieta forjara en aquellos momentos de grato desvarío á que tan amenudo se entregaba, y, reanimado su deseo por la vista de Delia, de vuelta á su casa le sobrecojía durante algunos días aquella nostalgia invencible que sintiera en los primeros tiempos de la ausencia de la joven.

—Esto es insufrible; soy un loco, sin duda! se decía en sus arranques de irritación.

Se había vuelto irascible.

Aquella tarde que vio salir á Orfilia del balcón, sonrosada de alegría, poniéndose á esperar sonriente y emocionada el golpe del llamador que anunciaba á Daniel, al comprender de pronto que estaba enamorada de él, que se entendían, que las repetidas visitas de su amigo eran para verla, para cortejarla, tuvo un momento de rabia estúpida que él mismo no pudo explicarse.

Era envidia.

(Continuad.)

El lenguaje de los ojos

El pequeño japonés ejecutaba la gran prueba del... ¿Cómo lo llamaban los programas? *El bambú del Mikado*... La flor de... no me acuerdo; era la prueba más difícil; aquella que consiste en encaramarse en lo alto de una percha que el japonés equilibrista sostiene en el hombro. La verdad es que no sé cómo aquel chico no se rompía la crisma ó cualquier otra cosa esencial. Eso de hacer ejercicios allá, á diez metros de altura, tocando casi la cabeza en el techo, teniendo por única base una tablita de cincuenta centímetros, colocada sobre una percha bamboleanante, es maravilloso. Yo me hubiera desnucado catorce veces (en el caso de que después de la primera conservara aún nuca).

Todos los ojos estaban fijos en el pequeño equilibrista que se retorcia allá en lo alto. ¡Y cómo estaba el Politeama esa noche! Vamos, que, aun á los que no hacíamos equilibrios en lo alto de un palo, nos daba mareos mirar aquello. ¡Tanta mujer hermosa, tantos ojos expresivos, tantas... Basta.

Yo soy sensible en extremo; la mirada de una bella me enloquece; porque mi corazón, aún libre, es como un edificio expuesto á los cuatro vientos; todos ejercen influencia sobre él.

Así, cuando vi que aquella hermosura de cabellos rubios, de ojos de gacela, grandes, espaciosos, húmedos, casi suplicantes, había fijado su mirada en mí, francamente, sin temor ni recelo, me sobrevino esa turbación deliciosa de que les hablaba, y me pareció que el japonés desde lo alto de su percha me gritaba: «¡Pillín!» y que todos decían: «¡Qué suerte tienes!»

Yo soy feo; eso sí; soy feo. Tengo los ojos un poco saltados y un mucho saltones; son unos endemoniados ojos que siempre parecen empeñados en cambiar de domicilio. Las cejas... las cejas hacen creer á todo el mundo que me han colocado unas pieles erizadas sobre los ojos. En fin, soy feo; yo lo sé.

Sin embargo, ella me miraba; era á mí, no cabía duda; si no separaba sus ojos de mi rostro! ¿Le habrían llamado la atención mis cejas? ¡Oh, no! Su mirada era formal, algo inquieta y muy fija, muy fija. Esa mujer estaba enamorada de mí!

Cuando todo el mundo solo tenía ojos para el sensacional ejercicio, cuando nadie respiraba, como esperando el momento de que aquel japonés viniera al suelo con percha y todo, ella sin preocuparse nada de esto, me miraba y me miraba siempre. Y cuando llegó el momento de más ansiedad, al levantarse con las manos el japonés, fué precisamente cuando dirigió con más fijeza su mirada hacia mí. ¡Yo estaba loco!

A la salida encontré un amigo; se la mostré, le pregunté su nombre, le supliqué que me dijera á donde podría encontrarla, verla, hablarla. ¡Yo amaba á aquella mujer!

Cuando al fin pude verla, en casa de unas amigas de mi hermana, yo temblaba de emoción y de placer.

—Señorita, la dije. Voy á confesárselo; yo la adoro, desde aquella noche ¿se acuerda Vd.? El japonés... la percha... *La flor del Japon*... Usted no hizo otra cosa que mirarme, sin ocuparse de la prueba; sus ojos me manifestaron claramente su simpatía hacia mí... Vengo á que me cumpla las promesas, las mil dulces promesas que ellos me hicieron aquella noche. ¡Oh arrobadora!

¿Saben Vds. qué me dijo?

—Ah, sí, puede ser; soy extraordinaria, inconcebiblemente nerviosa, caballero, y por no mirar aquella prueba, aquel peligro de caer en que se hallaba el japonésito, siempre que la hacían miraba cualquier cosa, un bombero, un acomodador, haciendo esfuerzos por no ver aquello... Quizá entonces le he mirado á usted, sin verlo...

Y al oír esto lectores, á mí me pareció que yo era japonés, y que me venía abajo de la percha y que me daban con la percha en la cabeza y que me la rompían, y que se me iba el alma por el agujero....

¡Espantoso!

NEMO.



Como noticia principal, comunico á ustedes que el frío comienza á apretar.

Y para todos los que andamos sin sobretodo por circunstancias especiales, se presenta una perspectiva de catarros de esos que una vez metidos dentro de nuestro individuo hacen creer á todos, al hablar, que llevamos un perro ronco metido en la garganta; de estornudos capaces de derribar un farol y pulmonías dinámicas-fulminantes con complicación mortuoria, capaces de todo.

Contra todo esto se usan los gabanes forrados de piel y los parches porosos, á más de sebo de riñonada para los casos graves.

Declaro que solo poseo esto; y eso pasa sin uso particular é interno.

Y envidio á los animales irracionales porque tienen pieles, sin gabán y sin necesidad de pagarlo.

Si se inventara, por ejemplo, *acarneramiento* artificial...

La verdad es que es triste el invierno.

Les aconsejo á ustedes que se dediquen á la poesía.

¡Oh la poesía!

Niña de mis amores
oye mis quejas,
que tengo sabañones
en los orejas....

**

¡Pero señores! Lo que ocurre en Europa!!

¡No han leído ustedes este telegrama?

LONDRES, 4.—El hijo del emir del Afghanistan asistió hoy al servicio religioso que se celebró en la mezquita de la Embajada otomana por ser hoy la fiesta mahometana en Bairan.

¡Caramba! ¿Será cierto?!!!

¡El delfín de Afghanistan asistió el día cuatro allí á la fiesta de Bairan!!...

(¿Y eso qué me importa á mí?)

**

La España publica aún el siguiente aviso:

«...El magnífico y rápido vapor español CIUDAD DE SANTANDER saldrá de este puerto el 4 de Junio de 1895 admitiendo carga y pasajeros etc.»

Supongo que querrá decir que saldrá de debajo del agua, donde se halla ese vapor hace seis días. Porque si mal no recuerdo, todos los diarios se han ocupado del naufragio del *Ciudad de Santander*. Y según el aviso, admite pasajeros!...

Cualquiera toma pasaje en ese buque no siendo buzo!

**

—¿Viste á la Tina?

—La vi.

—¿Qué hermosa, es una princesa!

—¡Si me dijera que sí, me ahogaba...

—¿Qué? Estás en tí?

—...en una Tina como esa!

**

Fugó el cajero de una casa de comercio.

¿Cómo se va poniendo esto!

Si los que tienen caja huyen, qué recurso nos quedará á nosotros, los que aún no estamos seguros de tener ni caja mortuoria llegado el caso, si la situación continúa así?



Correspondencia Particular

J. L. L.—Montevideo—Pero hombre! ¿Cree usted que en un verso amoroso se puede poner la palabra *chorizos* aunque sea para aconsonantar con rizados?

Salsifi — Montevideo — No hizo más Atila con sus bárbaros en los campos de Italia que usted con sus versos en los campos de la poesía.

Rómulo — Montevideo — Convénzase usted de que para decir sandeces no hay cosa peor que el verso.

Jobalito — Montevideo — Pues ya se había usted perdido pocol. Que no vuelva á suceder, hombre; que daría usted que pensar á la familia. Su composición ya la hab.á visto usted.

Ese—Florida.

Si llamándose Ese usted

pone con Zeta, señor,

á no llamarse así ¡diablo!

¿Con qué lo pone? ¿Con O?

M. Recerdo—Melo—Si no se llamase usted *dos veces* cerdo, no le creería capaz de hacer semejante porquería.

AL POLO BAMBA

CASA ESPECIAL EN CAFÉ

CALLE COLONIA 2, 4, 6, 8

Dá el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor.



EL ANTICUARIO



Vende, compra y revende «El Anticuario» libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

Calle 18 de Julio, 184

ESTUDIO FOTOGRAFICO DE DOLCE

Calle Sarandi, 359

Retratos modernos de busto á la romana.

Á Dolce, es ya cosa vista nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.



A. CALLIGARIS ESTUDIO FOTOGRAFICO

Hace esta fotografía retratos tan excelentes que á ella acuden á porfía las más distinguidas gentes.



FOTOGRAFIA INGLESA DE J. FITZ PATRICK

Fotografía de moda por la high life preferida donde retrata toda la gente más distinguida.

